



GEORGES NIVAT, *El fenómeno Solzhenitsyn*, traducción de Laura Claravall, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2023, 444 pp. ISBN 978-84-126572-3-4 (*Le phénomène Soljénitsyne*, Arthème Fayard, París, 2009-2018).

Muy pocos en el mundo de profesores y alumnos en el que vivo recordaban quién era Alexandr Solzhenitsyn (1918-2008) cuando les mostraba días atrás el libro de Georges Nivat ni mucho menos habían leído *Un día en la vida de Iván Denísovich o Archipiélago Gulag*, por no mencionar *La rueda roja*, que, salvo los especialistas en la literatura rusa o en la literatura contrarrevolucionaria —la literatura comparada podría haberse fijado en las similitudes con las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand si Solzhenitsyn no hubiera hecho todo lo posible para que Rusia fuera incomparable—, ha tenido muy pocos lectores en toda su extensión.¹ Según Nivat (p. 148), el propio Solzhenitsyn no pudo leer por completo su *Archipiélago* cuando se publicó en Francia (sería mucho más exacto decir que lo había “oído”, que había anotado escrupulosamente todas las voces de la nación de los *zek* —los prisioneros de los campos— que fue recopilando, incluido el eco de su propia voz) y *La rueda roja* es un texto tan intrincado en su composición que cualquier intento por abarcarlo está condenado a enfrentarse, como lector, al “fracaso genial” de su autor (pp. 301-354). Tal vez la ignorancia o el olvido de Solzhenitsyn entre nosotros se deban a su primera recepción en España, que José Luis Aguilar López-Barajas ha estudiado con cuidado y que muy poco tiene que ver con la literatura.² Nivat considera a Solzhenitsyn un “fenómeno” y lo que sucedió en España tiene su correspondencia en la recepción francesa y americana. Como ocurre con Dostoyevski, resulta muy difícil distinguir al escritor del profeta y, aunque el elemento visionario sea una parte esencial de la literatura, ha podido ser también un factor de obliteración tan pernicioso como la propia “obliteración de lo real” (p. 79) que Nivat señala como una de las razones que movieron a Solzhenitsyn a escribir su *Archipiélago*.³

La aparición en Francia de este “ensayo [o “experimento”, en la traducción al inglés] de investigación literaria” en 1974 —cuatro años después de que Solzhenitsyn

¹ Es imposible no pensar en Thoreau en Walden al pensar en Solzhenitsyn en Cavendish, donde escribiría *La rueda roja*. El trascendentalismo no tiene límites fijos.

² Véase JOSÉ LUIS AGUILAR LÓPEZ-BARAJAS, *Los intelectuales y el Gulag: Aleksander Solzhenitsyn en la cultura española (1973-1982)*, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2017. La última traducción de Solzhenitsyn al español es *Ego, seguido de En el filo*, trad. de M. Fernández y M. Grande, Página indómita, Barcelona, 2016 (uno de los relatos en dos partes a los que me refiero luego).

³ Hace muchos años traduje con Javier Alcoriza el *Dostoievski* de Georg Lukács (Leserwelt, Murcia, 2000) y una de nuestras compensaciones fue encontrarnos con la súplica que, en su lecho de muerte, Turguéniev le hizo llegar a Tolstói para que volviera a la literatura. Véase JAVIER ALCORIZA, *Dostoievski y su influencia en la cultura europea*, Verbum, Madrid, 2005, y ANDRÉ GIDE, *Dostoievski*, trad. de L. Claravall, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2016. Las traducciones al inglés que Constance Garnett llevó a cabo de los grandes clásicos rusos han sido objeto de una discusión infinita de Brodski a Nabokov, pero se han mantenido infaliblemente en el terreno de la literatura.

hubiera sido galardonado con el premio Nobel— deshizo, para quien aún tuviera dudas, todas las líneas de sección de la Guerra Fría y la división ideológica y, sin embargo, *Archipiélago Gulag* no ha logrado alcanzar la extraña unanimidad con la que se ha acogido el diagnóstico de Adorno (errado, por lo demás) sobre la imposibilidad de escribir bien después de Auschwitz ni sobre Auschwitz. ¿Es literatura *Archipiélago Gulag* y, en la medida en que podríamos sospechar que todos los libros de Solzhenitsyn son capítulos —o más bien “nudos”, según su forma de exponerlo; Nivat habla de “continentes de lo real” o de “piedras angulares”— de un único libro sobre Rusia, lo son *La casa de Matriona*, *Pabellón de cáncer* o los *Cuentos en miniatura*, de los que Nivat nos ha dejado un par de páginas de admiración pura (pp. 134-135), o los relatos en dos partes que Solzhenitsyn escribió a su vuelta del exilio? Como casi todos sus lectores, he leído a Solzhenitsyn en traducciones al español, al francés o al inglés (y a veces en traducciones del francés o del inglés al español) y, aunque creo en la traducción como lengua franca de la humanidad, querría leer especialmente los últimos cuentos de Solzhenitsyn en ruso como querría probar la agria mermelada de albaricoque de uno de ellos (p. 400). A “escribir en ruso” le dedica Nivat un capítulo espléndido. “De todos sus proyectos [*i. e.* de Solzhenitsyn], la reforma del lenguaje era probablemente la que más le importaba” (p. 232; cf. p. 246). Si eso es cierto, la oralidad que está detrás de su investigación literaria y que le permitió acceder a los estratos de la conciencia de las víctimas de la expresión de lo sucedido en Rusia desde *Agosto de 1914* —el primer nudo de *La rueda roja*— hasta el desmantelamiento del sistema soviético en 1989 no podía enmudecer a su vuelta a Rusia. La estructura del relato oral (*skaz*) está más o menos oculta en la narrativa de Solzhenitsyn, como advierte Nivat (p. 234). La vuelta a Rusia obliga, de hecho, a plantear la pregunta más importante sobre la escritura de Solzhenitsyn: si de lo que se trata es de la realidad, de la verdad o del espíritu, ¿se puede escribir bien sobre Rusia después del Gulag o, como teme Nivat, Rusia “está desequilibrada para siempre” y no solo desde el punto de vista de los registros de la lengua? La impresión que comentaba al principio sobre el desconocimiento de Solzhenitsyn es muy parecida a la impresión que el propio Solzhenitsyn tenía al final de su vida de que se “se han olvidado muchos de nuestros libros” (p. 381) y se ha empobrecido la lengua.

Las recepciones española o francesa de la obra de Solzhenitsyn son un ejemplo de utilización ideológica y de mala fe en muchos casos. Nivat sortea ese destino con una abnegación ejemplar a la que volveré luego, no exenta de algunos tropiezos (la prisión de sir Francis Bacon no tiene nada que ver con motivos de conciencia y la remisión a la más que dudosa *romanitas* de Cicerón despertaría en el partidario de la ruseidad todas las suspicacias). El caso de la recepción americana es más claro y podemos interpretarlo como uno de los relatos en dos partes del autor. La primera parte fue el Discurso en la Universidad de Harvard en 1978, que suscitó una perplejidad inmediata y una animadversión más profunda conforme el eco de la voz de Solzhenitsyn se apagaba y podía leerse con más detenimiento el texto. A las respuestas de incredulidad de los medios de comunicación liberales y conservadores le siguieron —la segunda parte— comentarios mucho más matizados, como el de Harold J. Berman, que aunaba a su condición de experto en el derecho soviético su amplio conocimiento del derecho medieval.⁴ Leído en 2024, casi medio siglo

⁴ *Solzhenitsyn at Harvard. The Address, Twelve Early Responses, and Six Later Reflections*, ed. de R. Berman, Ethics and Public Policy Center, Washinton D. C., 1980. Solzhenitsyn se opuso a la publicación en este libro de su discurso, que hoy está disponible —y sesgado— en multitud de páginas de internet. Véase *Solzhenitsyn and American Culture. The Russian Soul in the West*, ed. de D. P.

después, resulta casi imposible advertir los supuestos errores de las profecías de Solzhenitsyn: si lo que decía era visionario, lo era porque realmente veía un mundo dividido cuyas partes, en su inmensa mayoría, no eran circunstancialmente reacias a integrarse en una democracia global, sino que, en su opinión, no se integrarán nunca. (Que Solzhenitsyn era un escritor tan oral y auditivo como cinematográfico o visual— a pesar de su antipatía por el esteticismo de los cineastas soviéticos y por el cine americano— es algo que tanto Nivat como Harold Bloom han subrayado.) La convicción más profunda de Solzhenitsyn era que Rusia (al igual que China o India o el islam o África e incluso Israel y a diferencia de cada una de esas parcelas del mundo), no aspiraba, una vez el régimen soviético desapareciera, a ser una sociedad occidental, materialista o comercial (Solzhenitsyn no usa el término “capitalista” en su discurso, al menos en la traducción). Esa convicción le costaría su reputación de nacionalista, ultraortodoxo y antisemita más o menos fanático y la familiaridad que Solzhenitsyn llegó a tener con Vladimir Putin al final de su vida añade, para un lector occidental, una confusión que cuesta deshacer (si es una confusión que haya que deshacer). Nivat explica con acierto que Solzhenitsyn era contrario al imperialismo y prefería una contracción territorial de Rusia, una contracción que incluiría en cualquier caso Ucrania (la madre de Solzhenitsyn era ucraniana). Cuando Solzhenitsyn se refiere —en el discurso de Harvard y en su polémico libro *Doscientos años juntos*— a Israel como un mundo aparte, lo hace, como en el caso de Rusia o el islam, por su carácter religioso, lo que supone que Israel podía ser un Estado como cualquier otro, salvo que ese otro fuera un Estado occidental.

La abnegación de Nivat, que participó en las primeras traducciones de Solzhenitsyn al francés y ha dedicado casi toda su vida académica a su interpretación, se muestra, sobre todo, en el intento de “hacer de Solzhenitsyn un espíritu europeo” (p. 13), aun a riesgo de “europeizar demasiado a Solzhenitsyn” (p. 20). “Recuperar un diálogo europeo” (p. 408) llevaría, paradójicamente, a transfigurar a Solzhenitsyn en Naphtá y a Andréi Sájarov en Settembrini. Es casi inimaginable pensar en unos premios con el nombre de Solzhenitsyn concedidos por una institución europea.

Pero esa transfiguración es equívoca, como lo es la apropiación putiniana de Solzhenitsyn y lo fue la apropiación nazi de Dostoievski. No lo es pensar, como hace Nivat —y nada nos impide compararlo con la estrella matutina al final de *Walden*—, en la obra de Solzhenitsyn como un amanecer (p. 410). En ese amanecer, después de la noche del Gulag y después de la noche de Putin, habrá que iniciar, más que recuperar, un diálogo entre Europa y Rusia sin pretender europeizar a Rusia. Que Rusia sea Rusia —¿habría querido otro destino Solzhenitsyn?— y que Europa sea Europa.⁵

Antonio Lastra

Deavel y J. H. Wilson, University of Notre Dame Press, 2020. Este libro —ponderado y riguroso— forma parte de *The Center for Ethics and Culture Solzhenitsyn Series*, que ha empezado a publicar la obra completa del autor en traducción inglesa. Hasta el momento han aparecido *March 1917: The Red Wheel, Node III, Book 1* (2017) y *Between Two Millstones, Book 1: Sketches of Exile, 1974–1978* (2018).

⁵ Leo, al acabar de escribir esta reseña, el artículo de GIORGIO AGAMBEN ‘El ocaso de Occidente’ (ABC, 30 de junio de 2024), que redunda en los argumentos de Solzhenitsyn.